

Hijas e hijos del exilio y cuestionamientos del mito del “exilio dorado” en la producción cultural del Cono Sur

CARA LEVEY

Resumen

Como respuesta a la patente ausencia de exiliadas y exiliados de segunda generación en el campo de la memoria posdictatorial del Cono Sur, el presente artículo reflexiona sobre el legado del exilio exterior sobre las hijas e hijos del exilio, aquellas personas que nacieron o se criaron en el exilio. Para ello hago uso de tres obras literarias (*De exilios, maremotos y lechuzas* de Carolina Trujillo [1990], *El azul de las abejas* de Laura Alcoba [2015] y *Mi exilio dorado* de Marco Fajardo [2021]) y dos documentales (*Hora chilena* [2013] y *Tus padres volverán* [2015]) que reflejan una comunidad generacional abierta compuesta por chilenos, argentinos y uruguayos, que estaba y sigue estando dispersa sobre diferentes territorios lingüísticos y culturales, principalmente en Europa. Como resultado, se identifican experiencias comunes y temas recurrentes en los relatos relacionados con las niñas y niños del exilio, incluyendo desafíos a la integración, la separación familiar y el retorno al país de origen (de sus padres) tras el fin de la dictadura. La dilucidación de estos aspectos de la vida como hijx del exilio impugna el mito extendido del «exilio dorado», a través del cual la migración forzosa ha sido reflejada como una experiencia de privilegio en su conjunto (Franco, 2008), teniendo como consecuencia una ocultación de sus aspectos más traumáticos. Al incorporar estas voces marginadas, muchas de ellas de personas no retornadas, este artículo ilustra la forma en la que la dictadura fue vivida por las hijas e hijos de exiliados chilenos, argentinos y uruguayos, y cómo continúa marcando las vidas de las ahora adultas, que se relacionan con este pasado y su legado a través de diferentes medios culturales.

Palabras claves

exilio documental, literatura, memoria, segunda generación, cono sur, exilio

Recepción: 16/05/2022

Aceptación: 07/07/2023

Children of Exile(s) and challenges to the “Golden Exile” myth in Southern Cone cultural production

Abstract

Addressing the absence of the sons and daughters exile from the academic field of post-dictatorship memory, this article considers the impact of foreign exile on those who were born and/or raised far from the Southern Cone. I consider three literary works (*De exilios, maremotos y lechuzas* of Carolina Trujillo [1990], *El azul de las abejas* by Laura Alcoba [2015] and *Mi exilio dorado* de Marco Fajardo [2021]) and two documentaries (*Hora chilena* [2013] and *Tus padres volverán* [2015]) that reflect a generational community that was, and continues to be, dispersed across a variety of linguistic and cultural spaces. These experiences permit a more nuanced analysis into the ‘golden exile’ myth, through which exile has been portrayed as a space of privilege. By incorporating these often-neglected voices, this article reveals the ways in which exile continues to affect their lives.

Keywords: Dictatorship, Documentary, Exile, Literature, Memory, Second Generation, Southern Cone

Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons 4.0 Internacional.
(Atribución-No Comercial-Compartir Igual) <https://doi.org/10.59339/ca.v10i20.572>

Levey, C. (2023). Hijas e hijos del exilio y cuestionamientos del mito del “exilio dorado” en la producción cultural del Cono Sur. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, 10(20), 95-114.



Hijas e hijos del exilio y cuestionamientos del mito del “exilio dorado” en la producción cultural del Cono Sur

CARA LEVEY*

Introducción

Entre las habituales expresiones ligadas a la conmemoración anual del Golpe del 24 de marzo, que instauró la última dictadura argentina (1976-83), el medio *Telam* publicó una carta abierta firmada por la Agrupación Hijas e Hijos del Exilio, organización creada en 2006 que reúne a argentinas y argentinos nacidos o criados en el exilio, un grupo generacional que se ha encontrado en los márgenes de la comunidad de la memoria de la postdictadura (Levey, 2023). La carta ponía énfasis en la manera en la que eran tratadas por la sociedad en general: “¿Por qué hablás raro? ¿Cómo no sabés de qué cuadro sos? (Telam, 2022)”, y aludía al sentido de la diferencia experimentado por aquellas personas que retornaban (a Argentina en este caso, y al Cono Sur en general), y al estigma y los silencios alrededor del exilio, tanto durante como después de la dictadura: “¿Qué te vas a poner a explicar que te exiliaste porque tus viejos eran militantes perseguidos por la dictadura? (Telam, 2022).”¹ Esta pregunta retórica es un recordatorio del legado no resuelto del exilio, y de las complicadas dinámicas de la memoria, que sobrepasan la primera generación: la de aquellos que eran ya adultos durante la dictadura, o, en el caso de este artículo, cuando tuvieron que sufrir el exilio. En cambio, la segunda generación se refiere a la unidad generacional “después”, un grupo que Ana Ros ha designado “la generación posdictatorial” (2012), ya que llegaron a ser adultos en las transiciones de los ochenta y noventa. En los casos explorados en este artículo, son los que vivieron la mayoría del exilio como niños o preadolescentes. Dicho eso, reconozco que existe una zona gris entre las primeras y segundas generaciones, ya que muchos “hijos” vivieron las dictaduras en primera persona. En esta línea, Susan Suleiman ha acuñado la frase “1.5 Generación” (2002) para destacar el solapamiento entre las dos generaciones, y como nos explica Marianne Hirsch, entender los hijos de víctimas y sobrevivientes como miembros de una

1 Se ha hecho una afirmación similar en relación con la organización homónima chilena, formada en 2018. Más información aquí: <https://www.elmostrador.cl/cultura/2018/06/27/organizacion-de-hijos-del-exilio-se-constituye-legalmente/>

* Doctora, Lecturer in Latin American Studies, School Research Officer, School of Languages and Cultures (SLLC), Director of Centre for Advanced Studies in Languages and Cultures (CASiLaC) University College Cork, Ireland. Contacto: c.levy@ucc.ie Agradezco a Miguel González Álvarez por su ayuda con la traducción.

generación “bisagra” (2008). Aunque los términos “primera” y “segunda” generación presentan límites conceptuales, como veremos, nos sirven para demostrar diferencias en experiencias y perspectivas de la violencia estatal.

Como parte de la segunda/posgeneración del Cono Sur, las hijas e hijos del exilio han sido, con frecuencia, objeto de exclusión de la bibliografía y de los debates académicos, que se centraron, de forma prioritaria, en la primera generación de exiliados, en el período en el que se sucedieron las violaciones de los derechos humanos antes y durante las dictaduras (Franco, 2008; Markarian, 2006; Roniger et al; 2012), y, más recientemente, en la contribución de los exiliados de la primera generación, ya retornados (Roniger et al. 2018). Al hablar de las hijas e hijos del exilio, nos referimos a una comunidad diversa y dispersa a través de diversos contextos lingüísticos y culturales, y que incluye tanto a aquellas personas que permanecen en el extranjero, las no retornadas (Norandi, 2016) como a aquellas que “retornaron” a largo plazo al Cono Sur (a veces por la primera vez); a aquellas nacidas en el extranjero como hijas e hijos de exiliados y aquellas que se podrían denominar niñas y niños exiliados). Hago uso del término “hijas e hijos del exilio” ya que permite la inclusión tanto de a aquellas que quienes se exiliaron siendo niñas como a aquellas nacidas en el exilio y de quienes se podría argumentar que no son estrictamente exiliadas. O sea, hay una frontera nebulosa entre primera y segunda generación de exiliados en la que se ubica este grupo, por lo general poco visible. Ha habido, como afirma Norandi (2016), una tendencia a entender la experiencia de los niños exiliados como una extensión del exilio de sus padres, aspecto que ha tendido a ofuscar la experiencia generacional única de su descendencia, lo que exploro en más detalle en otros trabajos (Levey, 2023). El libro de 2012 de Roniger et al., como objeción a la tendencia imperante, identificó la necesidad de una mayor investigación sobre las consecuencias del exilio en la segunda generación. A pesar de esto, diez años después sigue existiendo cierta escasez bibliográfica al respecto, con algunas excepciones, que han tendido a adoptar una perspectiva sociológica (Norandi, 2016; Serpente, 2012; Porta, 2006) o, en el ámbito de la producción cultural (literatura, cine y otras artes), centrarse en un sólo país de origen (Palacios y Donoso Pinto, 2017; Ramírez Soto, 2014).

Esto sucede a pesar de que la visibilidad pública de la segunda generación en el Cono Sur experimenta un aumento a partir de mediados de los años 90 en forma de presencia mediática, producción cultural y activismo a favor de los derechos humanos, acompañada de un creciente interés académico. Aunque una tendencia regional, cabe destacar que ha sido más evidente en Argentina que en Uruguay o Chile, donde la producción cultural de la llamada segunda generación, en particular, ha comenzado a manifestarse más tarde, o sea durante la primera década del siglo veintiuno. La vigencia contemporánea de estos temas ha sido analizada por Blejmar (2016), Ros (2012) y Sosa (2014). Estos han arrojado luz sobre la forma en la que las experiencias de los que fueron nacidos o criados durante de la

dictadura difieren de manera considerable de las de quienes eran ya adultos en aquel momento y las transiciones posteriores; y apuntan a la existencia de una constelación de perspectivas diferentes. Sin embargo, gran parte de estos aportes se han centrado en los hijos de los desaparecidos y ejecutados: es precisamente por la omisión de las hijas e hijos del exilio que el mencionado cuerpo teórico no consigue ofrecer una perspectiva matizada del cambio generacional en la postdictadura, ni de la modesta, pero creciente, interacción, por parte de académicos, activistas, escritores, dramaturgos, cinematógrafos y artistas; con el exilio y su legado.

Reconociendo la patente diferencia entre ser un adulto exiliado y vivir el exilio como preadolescente; y entre ser una hija o hijo del exilio en comparación con otras personas afectadas por la dictadura y posdictadura, el presente artículo pone oportunamente el foco en el trabajo realizado por y/o sobre los propios hijos del exilio de las dictaduras chilena (1973-1990), argentina (1976-83) y uruguaya (1973-84), principalmente en Europa. Tomo una perspectiva comparada que configura un corpus del Cono Sur. No se atiende a un único medio de expresión; se centra en las maneras en la que los trabajos analizados (tres libros y dos documentales) crean un espacio para voces, marginalizadas de la segunda generación, y, a través de estas acciones, desafían percepciones socialmente extendidas sobre la experiencia del exilio. Los libros que integran el corpus son: *De exilios, maremotos y lechuzas* (1990) de Carolina Trujillo, *El azul de las abejas* (2015) de Laura Alcoba, y *Mi exilio dorado*, (2021), escrito por Marco Fajardo. Por su parte, los documentales seleccionados son *Hora Chilena* (2013) de Kip Loades, Camila Iturra y Lautaro Vargas y *Tus padres volverán* (2015) de Pablo Martínez Pessi. El análisis tiene en cuenta los diferentes contextos lingüísticos, históricos y culturales, así como las distintas políticas de acogida y apoyo a los refugiados, que han dado forma a las experiencias de las personas exiliadas. No es mi intención generalizar sobre lo que son, en esencia, experiencias heterogéneas, sin embargo, como muestran tanto la carta de la Asociación de Hijas e Hijos del Exilio como las obras seleccionadas, existen aspectos comunes a estas experiencias que pueden aflorar a partir de un análisis pormenorizado del exilio de segunda generación (Levey, 2023). Lo que me propongo en este trabajo es explorar el concepto del “exilio dorado”, que ha sido utilizado para representar la migración forzosa como una experiencia por lo general positiva (Franco, 2008), lo que resulta en una tendencia a ocultar los aspectos más traumáticos del exilio y ver la figura del exiliado como privilegiada mientras los que se quedaron en el Cono Sur sufrían. Se realiza una evaluación de este concepto en relación a aquellas personas que experimentaron el exilio siendo preadolescentes, y al impacto duradero que ha tenido a lo largo de su vida adulta. Más que ofrecer un análisis pormenorizado de dos obras culturales, como ya he hecho en el pasado (Levey, 2023), despliego aquí las iteraciones del exilio de segunda generación para explorar las impugnaciones, directas e indirectas, realizadas a este mito del “exilio dorado”, más allá de las fronteras de un país, y más allá de la unidad

generacional constituida por la primera generación/los exiliados adultos.

La primera parte de este trabajo define brevemente el concepto del “exilio dorado” y su pervivencia más allá de los parámetros de la dictadura, antes de dar paso a una breve introducción de los ejemplos literarios y cinematográficos analizados en la segunda parte. La tercera (y principal) sección se centra en las obras seleccionadas, dilucidando las dificultades que el exilio supone para aquellas personas nacidas o criadas fuera de su país de origen o del país de origen de sus padres, a partir de los siguientes temas, delineados de forma amplia: ruptura traumática, integración, separación familiar y retorno (llegada) al Cono Sur. Posteriormente, se desarrolla un análisis de las refutaciones más explícitas al relato del “exiliado dorado” como espacio privilegiado, presentes en las obras, como indicación de la percepción de las personas exiliadas que ha sido también heredada e internalizada por la segunda generación.

Exilio dorado, el nacimiento de un mito persistente

El mito del llamado “exilio dorado” es un prejuicio extendido mediante el cual la migración forzosa es representada como una experiencia por lo general positiva, íntimamente relacionado con las representaciones de las personas exiliadas como supervivientes afortunadas, es decir según este concepto, el exilio se construye como un espacio privilegiado. La concepción del exilio como un espacio de privilegio data ya del siglo XIX, como Jensen señala en el caso de Argentina, durante el cual el regreso del *desterrado* era generalmente percibido como “(...) el momento triunfal en que el exiliado mostraba los carismas europeos sirvieron a la instalación de otra imagen, la del exilio dorado” (2006, 28). La idea ya estaba relativamente bien extendida para cuando los regímenes represivos arrasaron el Cono Sur en los años 60 y 70, lo que llevaría al “mayor éxodo” de la historia de Latinoamérica (Graham-Yooll, 1987). La idea del “exilio dorado”, como indica Paredes, fue aplicada de forma generalizada a las personas exiliadas en Europa y Norteamérica (2016), como forma de resaltar las nuevas oportunidades laborales y culturales y la prosperidad relativa y privilegio de la que los exiliados disfrutarían en tierras lejanas. Este relato, parcializado hacia los aspectos positivos del exilio, evita matizar tanto el contexto histórico-político y la naturaleza de ese exilio como el carácter divergente y complejo de las experiencias en el país de acogida. Si bien es cierto que los tres regímenes dictatoriales que aquí se consideran se valieron del exilio (en forma tanto oficial como extraoficial) para neutralizar a aquellas personas consideradas “subversivas”, también es cierto que existen discrepancias considerables entre lo que constituye un destierro oficial y las implicaciones que conlleva el uso extraoficial del exilio (semi)forzoso, en casos en los que permanecer en un país supone arriesgar la propia vida. Asimismo, existen diferencias entre los tres países en lo que respecta al uso del exilio como forma de terrorismo de Estado: en Argentina, los exiliados no eran desterrados oficialmente, como sí ocurría

en Chile, donde existió una política oficial de destierro. Asimismo, antes del golpe de 1973 y durante el gobierno de Pacheco Areco, a algunos militantes uruguayos les fue ofrecida la opción constitucional de cambiar la cárcel por el exilio, una práctica que no fue frecuente con el quiebre constitucional que marca la instalación del régimen dictatorial (Amnesty International, 1979, p.7; Dutrénit Bilous, 2006, pp.7-11). A pesar de estas diferencias, es evidente que existe cierta versión del “exilio dorado” que es transversal a todos los países del Cono Sur (para Argentina ver Franco, 2008; para Chile, ver Prognon, 2006; y para Uruguay, Porta, 2006).

Al mismo tiempo, el cliché del “exilio dorado” era fomentado y exacerbado por las propias dictaduras como parte de la demonización de las personas exiliadas llevada a cabo desde el poder de los propios regímenes gobernantes (Roniger, Green y Yankelvich, 2012, pp. 100-101; Wright y Zúñiga, 2007), a través de la cual eran calificadas de *vendepatrias* (Rebolledo, 2006) por haber abandonado su países de origen, buscando así deslegitimar las críticas al régimen (o a los regímenes) realizadas desde el extranjero, lo que había sido práctica habitual en el siglo anterior (Jensen, 2009). En el contexto de las últimas dictaduras del Cono Sur, sin embargo, los relatos de traición no eran patrimonio exclusivo de los regímenes de derecha: como apunta Rebolledo, en el caso de Chile, algunos sectores de la izquierda los hicieron suyos (2006) para criticar a las personas exiliadas por haber supuestamente abandonado la lucha antidictatorial para refugiarse en una utopía foránea.

La falta de un discurso público que articulase la dureza y vicisitudes del exilio ha redundado de forma patente en un reforzamiento del mito del “exilio dorado”, y contribuido a alimentar una brecha entre el concepto de víctima, como persona que sufre, y el de persona exiliada, más allá incluso de los parámetros de la dictadura. Asimismo, la formulación histórica y cultural de la figura del exiliado ha persistido en las transiciones subsiguientes, a la vez que el exilio era desplazado a un lugar secundario en la jerarquía de las formas de exclusión (Roniger, 2007, p. 32). Así, durante los años 80 y 90, los relatos del sufrimiento y las reivindicaciones de reparación y reconocimiento en la lucha de activistas y familiares en el espacio público, los tribunales y las organizaciones de derechos humanos, pusieron atención en las víctimas más emblemáticas (las personas desaparecidas en Argentina, las asesinadas extrajudicialmente en Chile y las presas políticas con largas penas en Uruguay). Como apunta Silvina Jensen (2010) en su trabajo sobre Argentina, las personas retornadas eran vistas con frecuencia como afortunadas por haber sobrevivido, o, como dice Coraza de los Santos, eran común una visión de los que se exiliaron como “se salvaron” o “no les fue tan mal” (2001), lo que no sólo llevaba a su borrado como víctimas de la conciencia nacional, sino también a su notoria exclusión de las comunidades políticas de sus países de origen y de los colectivos de personas afectadas. Paredes indica que, aunque el mito ha tenido largo recorrido en Argentina, ha cobrado más intensidad en Chile, donde ha habido comparativamente menos división entre quien se quedó y quien huyó de Chile, y que por lo tanto aquellas personas que re-

tornaron a Chile lo hacían poniendo menos énfasis sobre en las dificultades del exilio (Paredes, 2016). De esta manera, el exilio adquiría cierta entidad de estigma, como muestra el narrador en *Mi exilio dorado* de Fajardo, al confesar que, antes de cumplir los 30, se veía incapaz de hablar abiertamente de su infancia en la RDA y en Colombia, porque “el exilio se asociaba a los comunistas, y los comunistas a los terroristas” (Fajardo, 2021, p. 59). Como consecuencia, ha existido una tendencia por parte de gran cantidad de exiliados retornados (de primera y segunda generación) a encerrarse en sí mismos y no compartir la naturaleza de sus experiencias, un fenómeno que considero “autocensura”. Porta, por su parte, indica que otro de los factores causantes de este fenómeno era el hecho de que su situación era considerada como “la mejor” de entre las distintas modalidades de represión infligidas sobre la población civil. Y continúa: “[n]o solo lo pensábamos nosotros, sino que ése fue el mensaje subliminal (pocas veces directo) que recibimos desde el conjunto de los afectados por el terrorismo del Estado que habían permanecido en el Uruguay dictatorial (2006, p. 488).

Lo que aquí resulta interesante señalar es que estas referencias sociales al exilio como “dorado” o “la mejor” no son necesariamente explícitas, sino en muchos casos solo apreciables en comentarios pasajeros, silencios y debates entre una variedad de sectores de la postdictadura, e internalizados no sólo por la primera generación del exilio, sino también por las propias hijas e hijos del exilio. Puede observarse una tendencia, tanto por parte de las personas exiliadas como de la sociedad en general, a minimizar los efectos psicológicos y sociales a largo plazo del exilio, así como su impacto, también a largo plazo, sobre la segunda generación. Existe una variedad de factores, narrativas convergentes y factores sustentadores del mito del “exilio dorado”, que han impedido comprender el exilio como un hecho traumático, fuente de vicisitudes y de separaciones familiares, e íntimamente relacionado con otras formas de represión y victimización. El desarrollo de la conceptualización de la victimización es evidente en el trabajo del sociólogo Gabriel Gatti, matizando el debate teórico para explicar como “víctima es entonces un referente en el que encaja fácilmente el detenido desaparecido” como “víctima total” que ocupa una posición elevada en la “jerarquía de la desdicha” (2011, p.525). En el caso del Cono Sur, estas concepciones jerarquizadas de la victimización han tenido como resultado la marginación del exilio - que ocupa un lugar más bajo en dicha jerarquía - en el contexto general de la memoria de la postdictadura y de la cultura de los derechos humanos.

En los últimos años, sin embargo, parece que la situación está cambiando. Como indica la carta de la Asociación de Hijas e Hijos del Exilio, la presencia de estas hijas e hijos se está haciendo cada vez más patente en las políticas contemporáneas de memoria como parte de una lucha más general por parte del exilio de primera generación para conseguir que el exilio se considere y enmarque como una violación de los derechos humanos. La Comisión Argentina de Exiliados Retornados lleva ha llevado a cabo, desde finales de los años 90, una campaña para exigir reparación

y reconocimiento por parte del Estado, amparada en el artículo 9 de la Declaración de los Derechos Humanos de 1948 (que identifica el exilio como una violación de los derechos humanos). No obstante, ha habido debates considerables sobre si este supuesto se aplica a los casos en los que este exilio es voluntario o solo semiforzado: en cualquier caso, y con respecto al asunto que tratamos, la polémica ha puesto a las hijas e hijos del exilio en el centro del debate al lanzar la pregunta de si aquellas personas que eran menores cuando sufrieron el exilio junto con sus padres estarían también amparadas (Roniger, Green y Yankelevich, 2012, p. 106), lo que manifiesta la tendencia anteriormente señalada a conceptualizar el exilio de niñas y niños como una extensión del de sus padres, más que verlas como personas exiliadas por derecho propio (Norandi, 2016). En 2004, como parte de la política estatal de derechos humanos de Néstor Kirchner, se aprobó una ley (Decreto N° 1601/2004) para reconocer la ciudadanía argentina a las niñas y niños nacidos en el exilio. En los últimos años se han organizado diferentes grupos de personas exiliadas de segunda generación: en Argentina, como se ha dicho, en 2006; y, en Chile, Hijas e Hijos del Exilio Chile, formado en 2018; con el objeto de desafiar la concepción del exilio como un espacio de refugio, pero también para conformar un espacio donde poder compartir las experiencias comunes de haber nacido o haberse criado en el exilio. Junto con el número modesto, pero creciente, de documentales, novelas y trabajo académico sobre la segunda generación, se está construyendo un espacio para estas voces, que ocupan la intersección entre el desplazamiento geográfico y generacional en el contexto de las dictaduras del Cono Sur.

Amplificando las voces de las hijas e hijos: los textos seleccionados

Los trabajos seleccionados, si bien reflejan la preocupación creciente con la experiencia de las niñas y niños del exilio, y con su articulación, en la última década, abarcan también un período más amplio de la postdictadura (1990-2021). Los países de origen en estos casos incluyen Chile, Argentina y Uruguay, y, aunque la mayor parte de las obras están ambientadas en el exilio europeo, muestran una amplia variedad de contextos de exilio. Los tres textos presentados están escritos por y para hijos del exilio, y reflejan con frecuencia la visión infantil del exilio a través de un niño narrador que comparte gran cantidad de características biográficas con los respectivos autores. *De exilios, maremotos y lechuzas* (1990) es una novela infantil-juvenil cuya autora, Carolina Trujillo (1970) se exilió con su madre y su hermana primero a Argentina y, en 1977, a los Países Bajos, donde reside hoy. Aunque muchos de los detalles (nombres, sucesos específicos y lugares) han sido alterados, tanto el lugar del exilio como gran parte de la experiencia de Trujillo antes, después y durante el exilio, es relatada desde la perspectiva de la niña narradora. De forma similar, *El azul de las abejas* (2015) de Laura Alcoba (1968) revisita el exilio parisino

de una niña argentina de ocho años, dos años menor de lo que era Alcoba cuando se reunió con su madre en el exilio en Francia, donde aún vive. La mirada infantil del exilio es sustituida por una voz más adulta en *Mi exilio dorado* (2021) del chileno Marco Fajardo (1976), nacido en el exilio en la entonces República Democrática Alemana. Su obra se presenta en forma de una serie de estampas sobre el exilio de sus padres, y, posteriormente, sobre su propia vivencia como persona nacida en el exilio y que retorna a Chile tras la dictadura para enfrentarse a la sombra duradera de Pinochet. Aun así, su trabajo no es exclusivamente autobiográfico, y, como ocurre con la “traza de autoficción” (Arfuch, 2018, p. 88) que adoptan Alcoba y Trujillo en sus respectivas obras, existe también una superposición de las experiencias de la primera y de la segunda generación, así como una sugerencia hacia la existencia de una experiencia generacional más amplia, que entrecruza la ficción, la autobiografía y las geografías del exilio (Chile/RDA, Uruguay/Países Bajos, Argentina/Francia). Por su parte, y de forma similar, ambos documentales reflejan una miríada de experiencias de exilio, colocando a los “hijos e hijas” en el centro del marco, particularmente en el largometraje uruguayo. *Hora Chilena* (2013), del director británico Kip Loades y una hija e hijo del exilio chileno-británicos Camila Iturra y Lautaro Vargas, cuenta las historias de alrededor de 2000 exiliadas y exiliados chilenos, muchos de ellos niños, que se desplazaron de Chile a Cambridge. *Tus padres volverán* (2015), del cineasta uruguayo Pablo Martínez Pessi (quien no es un hijo del exilio) narra el viaje, en 1983, de 154 niñas y niños, la mayoría criadas y criados en Europa, con el objeto de visitar a sus familias en el Uruguay de la dictadura. A diferencia de la perspectiva de la niña narradora en las novelas de Alcoba y Trujillo, los documentales nos presentan a las personas nacidas o criadas en el exilio ya como personas adultas, rememorando su época en el exilio, con frecuencia a partir de la rememoración conversacional o de recuerdo en colectivo (Welzer, 2010) y mostrando el proceso de rememoración en pantalla (Guarini, 2002). Lo que une las tres novelas y dos documentales es el protagonismo de los hijos del exilio, tanto de aquellos que retornaron al cono sur como de aquellos que no lo hicieron, permitiendo una comprensión más matizada de la experiencia infantil del exilio, y resaltando aspectos de estas experiencias que desestabilizan el relato del “exilio dorado”: la ruptura, integración, ausencia, separación familiar, y el retorno y reintegración, temas que examinamos a continuación.

Impugnando el “exilio dorado”

Al exilio: la ruptura traumática

Aunque muchas de los hijos e hijas nacieron en el exilio, y otras eran bebés o niñas pequeñas, conservando pocos recuerdos de ese período, las obras seleccionadas abordan la ruptura con la patria y la naturaleza traumática del exilio forzoso. Cecilia, en *Tus padres volverán* (2015), nació en

el exilio, de padres uruguayos en Cuba, antes de que la familia huyese a España. Aunque ella era muy pequeña entonces, el suceso dejó en ella una marca indeleble: “Me desarraigaron de Cuba, que fue traumático, y llegamos a Madrid” (*Tus padres volverán*, 0h09m16s). Aquí, la ruptura no fue con el país de sus padres, sino con su propio país de nacimiento e infancia temprana. Aunque Cecilia recuerda su infancia como una infancia feliz, la ruptura traumática con un país de pertenencia es un tema recurrente en el documental, especialmente para aquellas personas que tenían más edad cuando se marcharon. El caso de Marcos es un ejemplo: huyendo de Uruguay en 1980, tenía siete años cuando llegó a Bélgica. Recuerda el abandono de su tierra natal, y, al igual que Cecilia, describe “un corte muy brutal”, añadiendo que “estas son recuerdos que marcan aún más” (*Tus padres volverán*, 0h13m50s). Es Guzmán quien, ahora residiendo en Italia, nos habla de esta dolorosa experiencia desde la perspectiva de un niño, quien en este caso ya había sido testigo de las consecuencias del encarcelamiento de su padre antes de dejar Uruguay. Aunque para el joven Guzmán, como para muchos exiliados de segunda generación, no fue difícil la integración en la vida en Italia y le gustaba su escuela italiana, su voz comienza a resquebrajarse cuando confiesa que “más difícil era en casa. No tenía memorias de nada, lo que pasaba con mi padre, mi madre. No recuerdo nada sino las partes feas” (*Tus padres volverán*, 0h17m38s). Llega un momento particularmente emotivo cuando revela sus problemas de infertilidad, que los especialistas médicos atribuyen al trauma del exilio como causa principal. Aquí se nos revelan de forma clara los efectos que tiene el exilio, como experiencia tanto física como psicológica, sobre personas que son con frecuencia demasiado jóvenes para comprenderla.

Mientras los dos documentales enseñan la experiencia a través de voces de adultos que recuerdan su infancia, las novelas de Trujillo y Alcoba describen el exilio desde la perspectiva de las niñas, mostrando así la diferencia entre las situaciones de niños y adultos, y resaltando la falta de agencia de los primeros. Laura, la narradora de *Exilios*, dice: “Mamá dice que vamos a la Argentina, no sé qué es eso (Trujillo, 1990, p.25)”. De forma similar, cuando la narradora anónima de Alcoba se prepara para dejar Francia, porque un adulto se lo dijo (Alcoba, 2015). Lo que esto implica es que, para los niños exiliados en general, la decisión no estaba en sus manos. Norandi (2016), quien con ocho años escapó con su familia de Uruguay a España, describe el exilio como una experiencia confusa para los niños afectados, que eran incapaces de comprender una decisión que, afectándoles tan profundamente, estaba al mismo tiempo totalmente fuera de su control. Muchas de las tragedias que resultan de la migración forzosa nos son presentadas a través de los ojos de niñas y niños. Aunque existen referencias a los problemas afrontados por los padres de los protagonistas, los exiliados adultos, como por ejemplo problemas financieros (en *Mi exilio dorado*, Fajardo cuenta cómo sus padres abandonaron Chile llevándose sólo lo puesto), problemas prácticos derivados de su situación de refugiados, y la sensación de miedo

y preocupación percibida de otros exiliados, que es recogida por la niña narradora en el viaje a los Países Bajos (Trujillo, 1990, p. 27), muchos de los episodios relatados tienen que ver con obstáculos y desafíos afrontados específicamente por las “hijas e hijos”: la adaptación a la escuela (p.46), las amistades, el dilema de revelar o no el paradero del padre ausente (p. 77). O, en *El azul*, el choque y desilusión consecuencia de la constatación de que el exilio en Francia no implica vivir en el París romántico que había imaginado en conversaciones con su profesora en La Plata, sino en un pueblo a cierta distancia de la capital.

Adaptarse al exilio: La integración

Las dificultades que conlleva la adaptación a nuevos entornos lingüísticos, políticos y culturales son tratadas de forma directa en *Hora Chilena* (2013), donde la escolarización se sitúa como microcosmos del encuentro con las sociedades de acogida. Los hermanos Denise, Alex y Lilián tenían uno, tres y cinco años respectivamente cuando llegaron al Reino Unido. La producción se centra no tanto en la salida traumática del país de origen como en los desafíos de crecer en un país diferente:

Lilian: “Fue difícil, sobre todo en la escuela... La escuela me resultó muy difícil, para mí la escuela fue horrible”...

Denise: “Nadie conocía Chile, y decían ‘¿Dónde está Chile?’, y yo les respondía: ‘En Sudamérica’, y me preguntaban: ‘Ah, ¿y viven en cabañas de barro... o en iglúes?’”

(*Hora Chilena*, 0h44m53s)

En esta descripción de la experiencia escolar entran en plano los recuerdos de los protagonistas, que, aunque son relatados de forma humorística, desvelan problemas reales y específicos para los niños exiliados. Manuel, sonriendo con cierto sarcasmo, apunta a su nombre como significante de diferencia: “[e]n un entorno donde todo el mundo se llama Kevin o John y tu nombre es una cosa rara como Manuel o Lautaro, eres diferente... Y en el 76 el programa más popular en televisión era *Fawlty Towers*,² y eso no me ayudaba (*Hora Chilena*, 0h45m44s).

Lo que es interesante es la forma en la que el documental saca a la luz diferentes respuestas a estos encuentros en un contexto de exilio, y la forma en la que los protagonistas adoptan diferentes estrategias a la hora de navegar esta diferencia, lo que se podría decir que es más fácil en algunos casos para ellos que para sus padres. Por ejemplo, Matías, que solo era un bebé a su llegada a Inglaterra, habla sobre sus días en el colegio: “...quieres ser más o menos igual que los demás, así que, por ejemplo, cuando me preguntaban mi nombre, yo decía Matt, no Matías, porque quería ser más o menos normal” (*Hora Chilena*, 0h46m31s).

Aquí observamos un sutil borrado de la diferencia cultural al servicio

² *Fawlty Towers* es una comedia británica de los sesenta en un hotel ficticio que se llama *Fawlty Towers*. Uno de los personajes más memorables es un mozo inmigrante español que se llama ‘Manuel’ que tiene dificultades con el idioma inglés y recibe mucho abuso verbal del dueño del hotel.

de la integración, cuestión que se acentúa en el caso de los niños exiliados, incluso en el de los que nacieron en el exilio o que eran demasiado jóvenes para recordar la partida. De igual forma que en *Hora Chilena*, en *El azul* la cuestión de la diferencia lingüística es particularmente emotiva, y especialmente relevante para aquellos “hijos del exilio” del Cono Sur que se criaron en países de habla no hispana. En el contexto del exilio, el idioma entra en relación con la integración y el silenciamiento la diferencia, como en este momento en el que la narradora habla sobre su propio acento “extranjero”: “Quisiera borrarlo, hacerlo desaparecer, arrancarlo de mí a este acento argentino” y más tarde “a pesar de los esfuerzos que hago... todavía hablo con acento argentino... un acento que detesto más que nunca... ya siento vergüenza (Alcoba, 2015 pp. 34 y 72)”.

Si bien el problema de “encajar”, importante para las comunidades exiliadas, es también importante para niños y adolescentes fuera de comunidades de diáspora, las hijas e hijos del exilio perciben sus propias diferencias culturales con sus iguales y también con sus propios padres. Esta diferencia cobra con frecuencia especial protagonismo en el caso de nombres “extranjeros” y hábitos alimentarios (en *Hora Chilena*, Julián, Lautaro y Luciano bromean sobre la reacción de un amigo al pan con palta, del que dice que es color “verde moco”). En una de las escenas, Carlos relata el racismo que sufrió al criarse en la Inglaterra de los años 70, donde lo tomaron por pakistaní. Carole avanza un paso más al identificar una diferencia entre las dos generaciones: una tendencia de los hijos a adoptar los pasatiempos de sus compañeros de colegio británicos, contrapuesto al deseo de los padres de conservar su cultura chilena tradicional:

Yo estaba viviendo aquí, completamente integrada, completamente británica, me encantaba leer a Jackie, la Beano, me encantaba Duran Duran y todo esto, y por otro lado mis padres me llevaban a eventos culturales. Según fui creciendo ya no quería ir a las fiestas con los niños pequeños, solo quería estar con mis amigas. (*Hora Chilena*, 0h48m28s)

Como en el caso de Guzmán en *Tus padres volverán*, hay también una diferencia entre la vida social y la doméstica, en las que se definen interacciones culturales diferentes. Mientras que esta división entre lo público y lo privado está presente en muchas infancias y experiencias adolescentes, para los “hijos del exilio” existe una polarización entre dos lugares o dos culturas, que no se pueden separar la una de la otra, y que se convierte en una fuente de tensión.

Separación familiar y padres ausentes

Tanto los documentales como las novelas muestran un aspecto pertinente y relativamente común en la vivencia de la niña o niño exiliado, también relacionado con el problema de la victimización que complica el “exilio dorado”. El tema, recurrente en los dos documentales y en los textos de Trujillo

y Alcoba, es la ausencia de la figura paterna, con frecuencia causada por el encarcelamiento o la separación familiar causada por el exilio. *Hora Chilena* relata que los padres de Camila y Lautaro fueron encarcelados, mientras que Lilian recuerda huir de su Chile natal con sus hermanos y su madre; y Fernando, Marcos y Guzmán en *Tus padres volverán* tenían todos padres en la cárcel. En caso del padre de Fernando, no pudo abandonar Uruguay. Así, la separación familiar es parte intrínseca de la vivencia del exilio. *El azul* la muestra a través de la mirada de la niña, junto con varias pistas o alusiones al contexto general de la dictadura. Por ejemplo, la narradora de Alcoba menciona en la parte inicial de la obra las habituales visitas a su padre encarcelado (2015, p. 11), y, más adelante, “las desapariciones, los asesinatos y el miedo” (2015, p. 20), aunque nunca llega a nombrar la dictadura de forma explícita. En *Exilios*, la escena se construye a partir de los diálogos entre madre e hija, acompañados de las continuas preguntas de la hija pequeña sobre los motivos del encarcelamiento de su padre. Sin embargo, es la voz adulta de la madre de Laura y Cristina, Sara, la que narra los primeros dos capítulos, antes de dar paso a la de su hija. Al partir al exilio, la narración pasa a Laura, y el cambio en la voz narrativa se hace evidente: “[y]o había entendido todo lo que mamá me había explicado de papá, eso de que estaba preso porque pensaba diferente que los milicos y que los milicos quieren que todos piensen igual que ellos y como... y además papá no quería que los niños tuvieran hambre...” (Trujillo, 1990, p. 25).

Aquí, el sentido general es que la niña repite lo que le han contado de forma casi mecánica, mientras la secuencia de oraciones largas revela su corta edad y el hecho de que no comprende del todo las implicaciones de lo que están diciendo, pero aun así siente y percibe el impacto del exilio sobre su familia. Una parte importante que une ambos relatos es la comunicación epistolar con los padres presos políticos y ausentes. En las dos novelas, la correspondencia de y hacia el exilio reemplaza a las habituales visitas a los padres encarcelados, que preceden a sus partidas hacia Europa. Estas visitas ilustran brevemente los estrictos controles, la cultura del miedo y el tratamiento inhumano hacia los prisioneros. Antes de partir hacia Europa, las dos niñas narradoras visitan la prisión por última vez, hecho que marca el inicio de la relación epistolar con sus padres ausentes. En *Exilios* esto sucede en el capítulo denominado “El último padre”, que anuncia la separación familiar y la ruptura. Aquí, la voz narrativa se turna entre Laura y su padre: “[s]é también que se van a ir, no sé a dónde, pero será lo suficientemente lejos como para que yo deje de ser padre, ya me asombra verlas tan grandes... ya son las últimas visitas, las últimas hijas, y los últimos trozos de mí mismo que veo, yo quedé roto” (Trujillo, 1990, p. 28).

Aquí los miedos del padre se verbalizan en forma de lamento por lo que ve como el fin de la relación paterno-filial en su forma actual, aunque también consideran la incertidumbre y el final abierto del exilio. De forma similar, en las primeras páginas de *El azul*, la narradora se dispone a realizar una de sus visitas bimensuales a su padre encarcelado, lo que constituye

una de sus habituales ausencias escolares, rodeadas siempre de cierto silencio (Alcoba, 1990, p. 12). En la última visita, el padre de la narradora le pide que le escriba cada semana, para que puedan mantener “algún tipo de conversación” (Trujillo, 1990, p. 12) a pesar de la distancia. Y así es: aunque las cartas rara vez son reproducidas en el libro (relatadas, principalmente en estilo indirecto, por las niñas narradoras), se vuelven parte de un ritual de exilio para ambas protagonistas. Notables en su ausencia, los personajes masculinos, cuyas cartas son intermediadas por las jóvenes narradoras, nos sirven como recordatorio de las dictaduras existentes en el Cono Sur, y de su tratamiento hacia los presos políticos; así como del impacto del exilio sobre la familia, la preocupación de las exiliadas por las familias que permanecieron en América del Sur, y las ausencias prolongadas largas ausencias. El padre, largamente ausente (en el libro de Fajardo esta separación se da después de que él vuelva a Chile con su madre y su hermana y sin su padre) no es sólo un recordatorio permanente de la separación familiar, sino que también subvierte el mito de los exiliados como “supervivientes afortunados”, mostrando que gran parte de ellos se fueron porque temían por sus vidas y porque sufrían, o estaban en riesgo de sufrir, encarcelamiento. La diferencia entre las condiciones de exiliado y víctima se desdibuja así de forma considerable. De hecho, el trasfondo general de la dictadura se muestra implícitamente en las interacciones con otras personas exiliadas (de América Latina y de otras partes de Europa) en las tres novelas y en *Hora Chilena* en particular, indicando que hay una experiencia colectiva más amplia que compartir. Adicionalmente, en *El azul*, la visita de Fernando y Raquel, amigos de la madre de la narradora y exiliados en Suecia, sirve para recordar los contextos que llevaron a su situación de exilio. La narradora es testigo del repaso que hacen del triste inventario de los destinos de sus compañeros, que se confirman desaparecidos, encarcelados, exiliados o en paradero desconocido (Alcoba, 2015, p. 87). De esta forma, los exiliados se incorporan al círculo cada vez más amplio de afectados, y al lector se le recuerda cuál podría haber sido el destino de la madre de no haber abandonado la Argentina. Mientras el padre en *El azul* permanece siempre fuera de alcance, solo ubicable por carta; el padre de Laura y Cristina el liberado durante los últimos meses de la dictadura y se reúne con ellas en el exilio durante la segunda parte de *Exilios*. Su anticipadísima salida de prisión pronto revela una triste realidad: tras una década en la cárcel, ha sufrido evidentes daños psicológicos (comparables a los sufridos por el padre de Guzmán en *Tus padres volverán*) y tiene problemas para integrarse, no solo en la sociedad holandesa, sino también en el marco general de la familia.

Otro exiliado: retorno(s) y (re)integración

Así como el exilio original fue turbulento, también lo fue el retorno para los ya adolescentes tardíos o adultos, y a muchos de ellos les costó (re)integrarse en países que, en muchos casos, nunca habían visitado ni habitado.

Estos países a los que llegaban estaban enzarzados en nacientes transiciones a la democracia, a la vez que ellos mismos ocupaban una zona indeterminada entre la infancia y la edad adulta. De igual manera, para muchas hijas e hijos del exilio, los muy celebrados retornos temporales o permanentes de sus familias les supusieron nuevas dificultades, particularmente para los miembros de la segunda generación, gran parte de los cuales eran ya adolescentes o adultos, y a quienes “les tocó luego sufrir el retorno a un país que ya no era el que dejaron, que distaba mucho de ese ‘paraíso imaginado’ que anhelaban a la distancia, u optaron por el ‘no retorno’, por la permanencia en el país de acogida” (Alberione, 2016, p. 4). Además, en el caso de muchos afectados, éste se trataba de un país que no recordaban, o en el que directamente no habían estado nunca. Como Fajardo indica en *Mi exilio dorado*, el fin del exilio de su madre en la RDA supuso el inicio de su exilio personal y del de su hermana. Este dilema también se sugiere en *Exilios*, encapsulado en la precisión léxica que rodea el retorno de las hermanas a Uruguay. Para Cristina y Laura, no está claro si deben usar el verbo “volver” o el verbo “ir”, mientras que para su madre se trata de un claro caso de “volver” (Trujillo, 1990, p. 93), sugiriendo un punto de tensión generacional. El fin nominal de las dictaduras no trajo, sin embargo, el fin del exilio.

Algunas de las dificultades derivadas de la integración en los nuevos entornos son resueltas durante los retornos, temporales y definitivos, que las obras señaladas describen. Por ejemplo, para muchas personas afectadas, la reintegración no es solo cultural, sino también lingüística. En *Exilios*, el diario de Laura relata su ingreso en un liceo a su retorno a Uruguay: “Ayer, en el liceo, en total entendí ciento setenta y tres palabras. Estoy segura que voy a repetir (Trujillo, 1990, p. 104)”. Las hijas e hijos del exilio, que en Reino Unido se sentían diferentes, tuvieron que enfrentarse a obstáculos prácticos y emocionales a su retorno a Chile. Denise retornó después de siete años fuera, y, aunque sabía hablar español, había muchas lagunas en su conocimiento lingüístico y cultural. Manuel, quien retornó con su familia en 1989, se dio cuenta rápidamente de que el retorno había sido un error, y lo dice claramente: “no era mi casa y no me daba la sensación de serlo” (*Hora Chilena*, 0h52m31s). De forma parecida, Carole vuelve en 1990, y, aunque se asienta allí durante un tiempo, “siempre me había sentido aquí como una extranjera, y de repente, bang, se me hizo totalmente obvio que yo era inglesa, y que se me llevaban de Inglaterra”. Fernando, en *Tus padres volverán*, también se hace eco de ese sentimiento de desarraigo. Nacido y criado en Bélgica, se fue a vivir a Uruguay siendo adulto, pero finalmente regresó a Europa: “tal vez tengo un tipo de internamente un conflicto con Uruguay que hace que... para estar feliz y vivir en paz, tengo que vivir lejos del país...” (*Tus padres volverán*, 1h02m04s). Cecilia avanza un paso más y afirma: “no tenés identidad territorial ni identidad espacial” (*Tus padres volverán*, 1h08m26s), invocando un sentimiento de desarraigo que se extiende más allá de lo geográfico: un sentimiento de estar simultáneamente fuera de lugar y fuera de época. La conmoción y el impacto a largo plazo del retorno

se tratan de forma más explícita en otra de las obras de Trujillo, *Der Terugkeer van Lupe García (El regreso de Lupe García)*, de 2009, que se centra en el retorno de un grupo de hijas e hijos del exilio, siendo uno de ellos ahora un alcohólico, y estando otro implicado en crímenes de baja intensidad, para explicar “por qué estamos todos hechos mierda”, una frase que pretende claramente hacer un comentario sobre los efectos del exilio. Es notorio el hecho de que la mayoría de los protagonistas de *Hora Chilena* y *Tus padres volverán*, así como los autores de *El Azul* (igual que su niña narradora) y *De exilios*, siguen viviendo en Europa. A la hora de escribir este artículo, Fajardo se encuentra viviendo en Argentina, en su «segundo exilio», habiendo retornado a Chile tras la dictadura.

Desafiando la noción del “exilio dorado”

Al ilustrar el impacto del exilio entre las hijas e hijos del exilio, los ejemplos presentados en este artículo sacan a la luz numerosas evidencias contra el mito del “exilio dorado” y dejan al desnudo los duelos, aislamientos y separaciones familiares presentes en la vivencia de las personas exiliadas. También recogen las múltiples dificultades que surgen al terminal estrictamente el exilio y en la vida posterior, el retorno a países no conocidos y la reintegración en sociedades que mantienen actitudes ambivalentes y, en algunos casos, hostiles hacia las personas retornadas. Reconocer estos aspectos no significa afirmar que el exilio haya sido completamente nocivo o que no haya incorporado ningún rastro de positividad ni de experiencias felices; al contrario, significa de hacer un llamado a una evaluación más pormenorizada de esa experiencia colectiva y de los mitos que la rodean.

A veces, las propias obras que analizamos tratan el mito del “exilio dorado” de forma explícita, mostrando que la percepción aún permanece, y que ha sido reconocido y percibido, y en algunos casos incluso internalizado, por la segunda generación de exiliados, como implica Posta en la cita anterior. En *Exilios*, las niñas y niños juegan para pasar el tiempo en el refugio, una residencia temporal donde las niñas y su madre pasan los primeros cuatro años. Durante el juego, uno de los niños debe asumir el papel de “vendepatria” o “traidor” (Trujillo, 1990, p. 8). Este término aparece también en el texto de Fajardo cuando se refiere a los “marxistas vendepatrias”, refiriéndose así al relato de la derecha sobre los exiliados (Fajardo, 2021, p. 25). Más tarde, en *Exilios*, el juego se repite. Con un tono más sarcástico, las narradoras aluden a la tensión dentro de la propia comunidad del exilio: la barrera entre los exiliados “perfectos” o “modelo”, con la maleta siempre preparada y dispuestos a volver, y que nunca aprenden el idioma; y aquellos que sí: “de a poco los vendepatrias empezaron a entender bien el holandés” (Trujillo, 1990, p. 38). Aquí se siente más la voz adulta, en alusión a las acusaciones realizadas por quienes se quedaron. Trujillo trata aquí la figura problemática del exiliado, pero se posiciona también, junto a su madre y hermana (y se podría decir que de forma desafiante) del lado de los

“exiliados traidores”: su madre consigue un trabajo y una residencia más permanente, y al comienzo del exilio su novio es un exiliado chileno, pero para cuando su padre es liberado de la prisión, ella ha pasado a tener una pareja es holandesa.

En *Hora Chilena*, Carole cuenta de forma cruda cómo, en su experiencia, eran vistos los exiliados cuando retornaban a sus países de origen:

Como si fuéramos muertos que habíamos vuelto a la vida, muertos vivos que apestaran. No querían saber nada. La izquierda decía cosas como: «Nosotros nos quedamos aquí a sufrir; ustedes se marcharon a Europa y lo pasaron de maravilla». Y la derecha: ‘Puaj, son unos comunistas, no vengan a infectarnos con sus sucias ideas y su forma de vida liberal’ (*Hora Chilena*, 0hm56m49s)

Esa forma de hablar describe a los exiliados como figuras monstruosas, y el miedo al contagio trae a la memoria los calificativos que la dictadura dedicaba a los “subversivos”, calificativos que han sido transmitidos de una generación a otra; pero también apunta hacia la percepción de los “hijos e hijas” sobre cómo era visto su exilio por la propia izquierda, gran parte de la cual también fue víctima. Muchas de las personas entrevistadas recuerdan la sospecha con la que sus familias y ellas mismas eran tratadas, con argumentos de que habían abandonado a sus compatriotas y tomado la opción más fácil y más deseable. El reconocimiento explícito de la percepción del exilio como una utopía y de los exiliados como “vendepatrias” es útil en tanto permite criticar y disputar estas perspectivas mediante la presentación de experiencias alternativas sobre el exilio. La novela de Fajardo, que constituye una aportación reciente al canon de memoria de las hijas e hijos del exilio, debe entenderse desde este enfoque. De hecho, en una de las breves estampas, el autor revela su percepción de cómo era visto desde Chile el exilio en el extranjero, en este caso, por parte de su abuela, que “tenía una visión común en Chile: la del exilio dorado” (Fajardo, 2021, p. 87). Según este punto de vista, los exiliados “pudieron conocer otros países, aprender otros idiomas, estudiar nuevas carreras y hasta tener nuevas parejas” (Fajardo, 2021, p. 87). Aquí traza un paralelismo con las conceptualizaciones del exilio imperantes en el siglo XIX, en las que se asociaba con oportunidades negadas a aquellas personas que permanecían en sus países (como también apunta Jensen [2009]). Sin embargo, tras haber pasado muchos años sin poder hablar de esa experiencia, Fajardo no solo centra nuestra atención sobre el mito, que se revela incompatible con el relato en los demás episodios de la huida de sus padres de Chile, de su propia infancia en Colombia y en la RDA y de su retorno a Chile como adulto; sino que también lo enfrenta directamente:

Para algunos exiliados, en algún grado, efectivamente había significado eso. Sin embargo, para la mayoría distó de aquello, por no mencionar a aquellos que murieron lejos de su patria o de sus hijos, que crecieron sin conocer a sus familiares en Chile: sus abuelos, tíos, primos (Fajardo, 2021, p. 87).

Podemos avanzar más en este análisis y ver la totalidad del texto como una inversión de los prejuicios que rodean al exilio: el uso del posesivo «mi» en el título es una manera de reapropiarse del mito (de cuya existencia el autor es bien consciente) en sus propios términos, relatando la crónica de un exilio, o de múltiples exilios, que se revelan muy distantes de ser la utopía a la que refiere el título. Habiendo dicho eso, en los distintos ejemplos vemos como las experiencias complicadas y difíciles se solapa las facetas gozosas de estas experiencias, así entendemos el exilio como un abanico de vidas transnacionales repleto de humor, oportunidades, felicidad, nuevas experiencias, además de sufrimiento, separación etc.

Tomadas en su conjunto, las obras que aquí analizamos apuntan a una constelación compleja de la victimización, dentro de la cual el término hijas e hijos del exilio se puede aplicar a las hijas e hijos de las personas exiliadas, a las propias personas exiliadas, y a las hijas e hijos de los presos políticos, criticando así una prevalente tendencia a concebir el exilio como ajeno a otras formas de victimización, concepción que ha comenzado a cambiar en los últimos tiempos. Como muestran las obras, no hay una distinción limpia o fácil entre el exiliado como un superviviente afortunado o el exiliado como víctima. Tampoco las hijas e hijos del exilio se ven invulnerables a este desplazamiento: se puede argumentar que lo viven de forma diferente, como hijas e hijos de exiliados y también, en muchos casos, como exiliadas en sí mismas. Las crecientes campañas para situar el exilio dentro del marco de las violaciones de los derechos humanos, que se vienen sucediendo en los últimos años, incorporando un abanico cada vez más amplio de voces afectadas, suponen una impugnación de la idea del “exilio dorado” y de sus relatos asociados de traición y de supervivientes afortunados, que cada vez adquieren consideraciones más problemáticas.

Referencias bibliográficas

- Agrupación Hijas e Hijos del Exilio. (23 de marzo de 2022). Hijas e Hijos del exilio, a 46 años del golpe. *Télam*. Recuperado de <https://www.telam.com.ar/notas/202203/587334-hijas-e-hijos-del-exilio-a-46-anos-del-golpe.html>
- Alberione, E. (2016, noviembre). *Narrativas contemporáneas de los exiliados hijos: Esa particular manera de contarse*. Ponencia presentada en IX Seminario Internacional Políticas de la Memoria, Buenos Aires, Argentina.
- Amnesty International. (1979). *Conditions of Detention for Political Prisoners in Uruguay*. London
- Alcoba, L. (2014). *El azul de las abejas*. Buenos Aires: Edhasa.
- Arfuch, L. (2018). Childhood Exile: Memories and Returns. *Auto/Biography Studies*, 33(3), 687-704.
- Blejmar, J. (2016). *Playful Memories: The Autofictional Turn in Post-Dictatorship Argentina*. New York: Palgrave.
- Coraza de los Santos, E. (2001). El Uruguay del exilio: La memoria, el recuerdo y el olvido a través de la bibliografía. *Scripta Nova*. 94(1) <https://www.ub.edu/geocrit/sn->

94-46.htm#2

Dutrénit Bielous, S (ed.) (2006), *El Uruguay del exilio: gente, circunstancias, escenarios*. Montevideo: Trilce.

Fajardo, M. (2021). *Mi exilio dorado*. Santiago: LOM.

Franco, M. (2008). *El exilio: argentinos en Francia durante la dictadura*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Gatti, G. (2011). De un continente al otro: el desaparecido transnacional, la cultura humanitaria y las víctimas totales en tiempos de guerra global. *Política y Sociedad*, 48(3), 519–536.

Graham-Yooll, A. (1987). The Wild Oats They Sowed: Latin American Exiles in Europe. *Third World Quarterly*, 7(3), 246-253.

Guarini, G. (2002). Memoria Social e Imagen. *Cuadernos de Antropología Social*, 15, 113-123.

Hirsch, M. (2008). The Generation of Postmemory. *Poetics Today*, 29(1), 103-128.

Jensen, S. (2009). Representaciones del exilio y de los exiliados en la Historia Argentina. *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 20(1), 19-40.

Jensen, S. (2010). *Los Exiliados: La lucha por los derechos humanos durante la dictadura*. Buenos Aires: Sudamericana.

Levey, C. (2023). Documenting Diaspora, Diasporizing Memory: Mediation and Memory among Chilean and Uruguayan *no-retornadxs*. *Bulletin of Latin American Research* 42(2), 189-203. Disponible desde 2021 en Early View (online).

Markarian, V. (2006). From a Revolutionary Logic to Humanitarian Reasons: Uruguayan Leftists in the Exile and Human Rights Transnational Networks. *Cuadernos Del CLAEH*, 1(1), 85-108.

Norandi, Mariana. (2 de junio de 2016). Hijos del Viento. *Brecha*. Recuperado de <https://brecha.com.uy/hijos-del-viento/>

Organización de Hijos del Exilio se constituye legalmente. (27 de junio de 2018). *El Mostrador*. Recuperado de <https://www.elmostrador.cl/cultura/2018/06/27/organizacion-de-hijos-del-exilio-se-constituye-legalmente/>

Palacios, J.M., y Donoso Pinto, C. (2017), Infancia y exilio en el cine chileno. *Iberoamericana*, (65), 45-66.

Paredes, A. (2016, noviembre). *El exilio no fue dorado...las condiciones de vida de los exiliados chilenos en Mendoza entre 1973 y 1982*. Ponencia presentada en III Jornadas de Trabajo sobre Exilios Políticos del Cono Sur en el Siglo XX, 9-11, Santiago de Chile.

Porta, C. (2006). La segunda generación: los hijos del exilio. En S. Dutrénit Bieloust (ed.), *El Uruguay del exilio: gente, circunstancias, escenarios* (pp.488-505). Montevideo: Trilce.

Prognon, N. (2006). La diáspora chilena en Francia: de la acogida a la integración (1973 a 1994). En del Pozo Artigas, J. (ed.), *Exiliados, emigrados y retornados chilenos en América y Europa, 1973-2004*. (pp.63-84). Santiago: RIL Editores.

Ramírez Soto, E. (2014). 'Journeys of Desexilio: The bridge between the past and the present'. *Rethinking History*, 18(3), 438-451.

Rebolledo, L. (2006). *Memorias del desarraigo: testimonios de exilio y retorno de hombres y mujeres de Chile*. Editorial Catalonia.

- Roniger, L. (2007). Citizen-Victims and Masters of their Own Destiny: Political Exiles and their National and Transnational Impact. *MARLAS*, 1(1), 30-52.
- Roniger, L., Green, James N., y Yankelevich, P. (2012) *Exile and the Politics of Exclusion in the Americas*. Sussex: Sussex Academic Press.
- Roniger, L., Senkman, L., Sosnowski, S. y Sznajder, M. (2018). *Exile, Diaspora, and Return: Changing Cultural Landscapes in Argentina, Chile, Paraguay, and Uruguay*. Oxford: Oxford University Press.
- Ros, A. (2012). *The Post-Dictatorship Generation in Argentina, Chile, and Uruguay: Collective Memory and Cultural Production*. New York: Palgrave.
- Serpente, A. (2011). The Traces of “Postmemory” in Second-Generation Chilean and Argentinean Identities. En F. Lessa y V. Druliolle (eds.), *The Memory of State Terrorism in the Southern Cone: Argentina, Chile, and Uruguay*. (pp. 133-156). New York: Palgrave.
- Sosa C. (2014). *Queering Acts of Mourning in the Aftermath of Argentina’s Dictatorship: The Performances of Blood*. Woodbridge, Suffolk: Tamesis.
- Suleiman, S. The 1.5 Generation: Thinking About Child Survivors and the Holocaust. *American Imago*, 59(3), 277-295.
- Trujillo Piriz, Carolina. (1990). *De exilios, maremotos y lechuzas*. Colihue Buenos Aires.
- Welzer, H. (2010). Re-narrations: How Pasts Change in Conversational Remembering. *Memory Studies*, 31 (1), 5-17.
- Wright, T.C, y Zúñiga, R.C. (2007). Chilean Political Exile. *Latin American Perspectives*, 34(2), 31-49.

Filmografía

- Hora Chilena*. 2013. Dir. Loades, K, Iturra, C, y Vargas, L. Scapegoat Productions.
- Tus Padres Volverán*. 2015. Dir. Martínez Pessi, P. Gabinete.